

# LA VIRGEN DE FÁTIMA PEREGRINA

Si este es el siglo del materialismo, y si la lucha general, en todos los órdenes, está entablada entre espiritualidad y marxismo, un hecho de milagrosa transparencia que parece rezagado de la crónica del Medioevo se produce en la Península para confortación y confirmación de fe: la Virgen se aparece de nuevo a los hombres.

Fue antes de la Cruzada española por el ideal de la cruz y el rescate de la patria. Gente sencilla y labradora de la provincia de Cáceres se alborozó con la señal de que "se veía" a la Santa Madre de Dios sobre la tierra humilde. La prudencia de la Iglesia y lo inconcreto de la aseveración popular, más emoción que noticia, apagaron el rumor ferviente. Mas a pocos meses, en Iria, la Extremadura portuguesa, a poca distancia del terruño de Cáceres, unos niños, pastorcillos —¡Señor, qué tierna perseverancia en el símbolo de Belén!—, después de señales y avisos, hallaron en una cueva la imagen de la Mujer inmaculada, presentándose a los ojos mortales y ofreciéndose para la ventura. Era una talla pequeñita —todas las Virgenes ibéricas son menudas, con la gracia, además, de la dimensión—; era también niña, blanca de vestidura, la cabeza inclinada, las manos en oración, unidas. El pueblo la denominó "de Fátima", por ser éste el lugar geográfico donde fué hallada; Fátima dejó de ser nombre moro para cristianarse.

Portugal, cuya entraña es jugosa del más dulce sentimiento, se conmovió en la raíz de sus siglos de campeón de la Verdad. Fátima, reverenciada, fué adoptada por Patrona. A millares acudieron los no desmentidos portugueses a la adoración. El viejo suelo noble se pobló de caminantes, que acudían a la cueva celeste. Fátima recogió entre sus manos, en ojiva de súplica, el hilo engastado de misterios del Rosario. Se la coronó, se hizo a su alrededor ámbito de flores y bendiciones humanas.

Y Fátima, removedora de la seguridad en Dios, obraba milagros: curaciones, conversiones, consuelos. La curiosidad fué sustituida por el entusiasmo; los grupos, por las muchedumbres. España acudió, asimismo, a la cita, y el contorno peninsular entero sirvió a Nuestra Señora de trono vivo.

Ahora Fátima se ha hecho peregrina. Sale valientemente de su iglesia-cueva y va a las ciudades y a las aldeas por sendas rústicas y ásperas serranías. Entra en las capitales supercivilizadas transidas de electricidad y de gasolina, dadas a los delirios del comercio, la fabricación, la polémica, la política, el armamento y el colosalismo; transita por veredas de rígal y viña y por autovías de automóvil y asfalto; se balancea a hombros de adictos por entre rascacielos o junto a chozas; se deja mirar por ojos incrédulos y contaminados de lo demoníaco; pasa, va hacia los horizontes, se acerca a la marina, acude a la pobreza de los barrios desesperados; pequeña, blanca, sencilla...

Ahora estuvo en Madrid esta Virgen caminante, hermana de las imágenes españolas, que también han dejado sus templos y ermitas para extasiar los campos y las urbes; como Desamparada, de Valencia, y las treinta Virgenes de Levante que fueron a rodearla en su coronación; como la de Mallorca, que después de deambular por la maravilla de la isla, va a Roma, a la capital de la religión, a la roca firme de Pedro; como las Virgenes procesionarias de la nación adonde vino, andando también y Ella en carne mortal, María, Madre de Jesús, y dejó en el Pilar la huella de su paso; pues desde entonces, España, la nación mariana arquetipo, saca en actos y alegrías, dolores y ruegos, sus Virgenes de los camarines y las exalta al aire libre, sabedora de que para Ella el mundo entero es templo.

La tradición de las Virgenes no circunscritas al altar, sino empinadas sobre el ancho altar viviente de los cuerpos humanos y de la Naturaleza, continúa con este viaje sublime de Fátima. Todas las Virgenes de los pueblos de su andar abrieron la puerta de su sagrario y acudieron a emparejarse con la Aparecida, entre locos volteos de campanas, clamores en oración, nevada de pétalos, el ardor llamante de los cirios, las masas de gentes que acudían desde los confines. Al llegar Fátima a los arrabales de Madrid, medio millón de personas estaba de rodillas. Los balcones, enarbolados de banderas y luces; el aire, del color de esos martos con densidad de cielo de las Inmaculadas de Murillo; en las pupilas, centelleos de amor sobrehumano. Los penitentes, heridos los pies descalzados o cargados con la cruz, la precedían, y jamás se conoció tanta unanimidad dos millones de almas, en el encendimiento y el hervor místico de un alma común.

Una pobrecita de la carretera de Extremadura, barrio de operarios, arrojó a su paso lo que tenía: cinco palomas. Y he aquí un hecho inefable: las cinco palomas se posaron en las andas y allí permanecieron los días que la Señora estuvo en Madrid, impasibles a la constante granizada de flores, ni comer ni beber, sin que las ahuyentasen los gritos ni el rumor de oleaje de la multitud, desobedientes a los que querían separarlas. Una de ellas, prensada por la cantidad de flores, quizás herida por algún ramillete, murió sin abandonar su nido de elección; otra, cogida cuando la Virgen era trasladada desde la catedral a otra iglesia, regresó al altar donde Fátima había estado y quedóse en el punto, acurrucadita; las demás siguieron para Portugal, siempre en revoloteo alrededor de la Santísima o puestas en la peana, junto a sus pies.

La candente temperatura del catolicismo de España se ha reunido al fervoroso "Creo" de los portugueses en este

crisol de la Pureza. Hace muchos años que Portugal y España, como otros países de la raza de los caballeros —de los "caballeros de la Virgen"—, ofrecen al mundo el ejemplo de lo que debería de ser un imperio de lo espiritual. Mantenedores de la paz entre catástrofes belicosas; dedicados a la colaboración, el afecto y la fraternidad entre odios, hostilidades y aniquilamientos; portaestandartes de la afirmación: que los valores morales han de sobreponerse a los económicos; implantadores de la justicia social, desinteresados de dominaciones, esclavitudes y exterminios del semejante; creyentes en un mundo iluminado por el Evangelio; servidores de los ideales del Bien y de aquella "política de Dios y gobierno de Cristo" de nuestro Quevedo, España y Portugal, más que nunca, son el refugio de cuantos no aceptan la apocalíptica destrucción de la cultura por la ciega crisis a que nos han llevado precisamente los incrédulos en la Virgen, los afi-



liados a herejías antimarianas. En la discordia ofrecen la cierta solución, que es la solución de los dogmas eternos. Propugnan la unidad, la concordia, la caridad, el honor, la fe, el servicio a principios del reino de Dios. Por ello, la peregrinación de Fátima desde sus montañas portuguesas a las llanuras centrales de España, tiene valor de alegoría: arco iris tendido sobre la tempestad, puente de vivas lumbres celestiales apoyado en las dos orillas donde el amor no ha sido zapado por el rencor, para que todos los pueblos contemplen cuál es el signo que indica el fin de la catástrofe y el momento de empezar a vivir la libertad, abandonando el arcarefugio. Fátima llama a todos los hombres de buena voluntad, para que no se destruyan en guerras crueles, a las normas con las que España y Portugal construyeron: las que Cristo enseñó en el Sermón de la Montaña.

T O M A S B O R R A S

